

AVENTURAS INTERIORES

Santos Sanz Villanueva

De tiempo en tiempo, sin prisas ni hiatos excesivos, nos llega en libro la escritura cadenciosa y continuada de Antonio Pereira, poeta y novelista y, cada vez más, creador con auténtica personalidad de esa; pequeños y fragmentarios mundos que llamamos cuentos. Mundos como reducidos a una anécdota o una situación que nos hablan de aspectos concretos de una realidad más amplia, a veces historias liliputienses que cuando se juntan reconstruyen un orbe de mayor extensión como si éste fuera el encaje bien hecho de un puzzle. Así sucede en *Las ciudades de Poniente*, un volumen que se sustrae al hábito de juntar cuentos sueltos que antes tuvieron vida aislada y destino independiente para formar algo bien raro, un libro unitario de cuentos.

Ese Poniente, concreción geográfica precisa pero algo vaga, proporciona un primer elemento de coherencia. Todo se mueve alrededor del noroeste peninsular, con un centro en ese León tan fecundo en nuestras últimas letras y con un radio que se extiende por un lado hacia Asturias y Galicia y por otro hasta la Tierra de Campos, según explica uno de los relatos. Nada de particular, en lo literario, parece tener esa región, como no sea una proclividad a la fantasía y un gusto por la narración de tipo tradicional, y sin embargo Pereira la distingue como escenario de unos sucesos un algo imprevistos o sorprendentes y de unos personajes que llevan el peso de su parte de pesar o de ilusión atribulada.

Mal se puede hablar aquí de la veintena larga de casos que desfilan por las páginas del libro. Digamos que, en general, hallamos historias de gentes desvalidas, ilusorias, con proyectos que a duras penas se hacen verdad, con un punto a veces de comportamiento apicarado; que hablan de sentimientos, o hacen un callado gesto caritativo, o padecen los rigores de una humanidad severa, eco en varios casos de una guerra civil... Nada de triunfadores sino personas corrientes, tratadas con afecto, con acento de simpatía y hasta de ternura, y, en los casos más justiciables, con la comprensión que exige la débil naturaleza humana Ni la locura en que acaba uno de los personajes, ostentación de un contenido patetismo, consigue el veredicto justiciero del autor. No recrea ni

mucho menos un mundo panglossiano, pero siempre muestra esa cordialidad de escritor entrañado con sus criaturas que si no pareciera tópico calificaríamos de cervantina

La obra tiene otro elemento vertebrador en el narrador de los sucesos. Estos se centran en una primera persona, sea protagonista o sólo testigo de los hechos. No se trata del mismo narrador en todos los relatos, pero sí participa de una condición común, su proximidad a lo referido. La voz del que habla tiene tanta fuerza y se coloca a una distancia tan próxima de nosotros que produce un intenso efecto comunicativo. Es una manera habitual de narrar en Pereira que casa, además, a la perfección con ese tono entrañado suyo ya dicho y refuerza la cordialidad que producen los relatos.

Quizá por eso no nos parece que estemos leyendo historias, sino siendo testigos de unos episodios condensados y llenos de elipsis, como si ya tuviéramos de ellos referencias, de unas cuantas aventuras interiores, de las incertidumbres, fracasos o quimeras de unos seres. Lejos Pereira de la frialdad objetivista, carga sus cuentos de un decir sencillo, aunque de expresión muy cuidadosa y exacta, que los aproxima a una narración oral que supone la presencia del destinatario. Es un resultado, pero también un propósito, una manera de entender el cuento como comunicación directa entre un narrador y un oyente (supongo que dichos en voz alta ante un auditorio cobran una dimensión que la letra impresa coarta), como búsqueda de la fascinación de un receptor absorto en ajenas peripecias. Todos tenemos un cierto instinto de narradores, hasta para dar cuenta de las cosas más banales, y Pereira conecta con ese gusto común por contar historias.

No lo hace, por supuesto, de una manera ingenua, aunque la naturalidad parezca nota esencial de sus cuentos. La ironía y el humor hacen las veces de guiño al lector, para que comparta con el narrador un preciso sentido. O apela a las propias condiciones del relato: si debe empezarse así o de la otra manera; si tendría que establecer pausas para dar mejor idea del tiempo detenido. Leves artificios pero muy eficaces. Recursos que otra vez sirven de puente entre el que cuenta y el destinatario exterior. Todo va en una misma línea de aproximar la invención al hecho de la lectura, de crear un ámbito de simpatía, de empatía. Se persigue ni más ni menos que hacer verdad lo que postulaba un título suyo anterior, la adhesión de un lector cómplice.